

esos placeres y pudiera dormir á la sombra del árbol de la dicha, y todo fuera para él bienandanza y ventura, es el caso de exclamar en presencia del mundo: ¡Ah! Yo no quiero habitar en las tiendas de los pedacadores, ni en sus tabernáculos. Antes al contrario, como el Apóstol Pablo, salgamos, levantada la frente, altiva la mirada, la noble cabeza puesta enteramente en el cielo que es nuestra patria! ¡Salgamos del campo del mundo, llevando la bandera de Cristo Crucificado, llevando sus improperios que son la única fuente de los verdaderos placeres! Vengan en buena hora todos los sábios del mundo con sus palabras dulcísimas y suavísimas: mi corazón, inmensa é infinitamente ambicioso quiere una gloria eterna, infinita, que exceda en esplendor á todas las glorias del mundo y de los siglos. Yo quiero, por que mi corazón es infinitamente ambicioso, la gloria de poseer la patria celestial: no quiero comer mi pan, á la sombra de los sauces de la ciudad de Babilonia. Los pregoneros de Jesucristo son la verdadera gloria del cristianismo; porque la gloria de este mundo perecerá con él; y como quiero que mi gloria sea imperecedera, no quiero, nó, ser envuelto entre las ruinas de este mundo miserable; quiero que mi nombre escrito esté en el libro de la vida y que lo repitan los siglos, alabando á Dios; eso es lo que ambiciono, y porque ambiciono tanto, quiero las humillaciones, las afrentas de Jesucristo, á fin de que no diga de mí: lo "negaré delante de mi Padre que está en los cielos", sino que al contrario, deje caer de sus benditas manos, sobre mi cabeza la corona de la inmortalidad, cumpliendo la promesa que hizo el Apóstol S. Juan: "al vencedor en buena lid yo le concederé el que venga á comer en el convite de la inmortalidad el pan de la vida eterna".



## XIX

### El respeto humano (tercer aspecto)

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral en la Misa ferial del 8 de marzo de 1876.

*Qui me negaverit coram hominibus, negabitur coram Angelis Dei.*

*Al que me negare delante de los hombres, lo negaré yo también delante de los ángeles de Dios.*

S. Lucas, c. XII, v. 9.

**P**ARA comprender los tristes efectos y los funestos estragos que el respeto humano causa en la Iglesia de N. S. J. C. no basta, mis hermanos, haber subido al cielo para contemplar allí á la magestad divina audazmente ultrajada por la debilidad del hombre, ni haber penetrado en el fondo de la conciencia cristiana amedrentada por ese vano espectro del respeto humano; es menester, además, contemplar de cerca las heridas profundas que causa á la religión, los irreparables daños que produce á la moral pública; es necesario comprender la pavorosa profundidad del abismo que cava al pie de las sociedades cristianas, amenazando sepultarlas irremisiblemente en él.

La religión de N. S. J. C., divinamente establecida en el mundo para procurar la mayor gloria de Dios

y la santificación de la humanidad, es una religión activa, visible, exterior, que debe encaminar al hombre, no únicamente por la influencia de sus divinas máximas, por la austeridad de su moral sublime, por la belleza de su armónico conjunto, sino, también, hablando á su sentidos, elevándolos hasta las alturas divinas, por medio de sus pompas augustas, de su admirable Liturgia; derramando en las almas la gracia del Espíritu Santo por medio de los Sacramentos, conservando en los espíritus las divinas impresiones de la gracia por el ministerio de la predicación, por la pompa exterior del culto, por la magnificencia verdaderamente divina con que esta reina del cielo descendida á la tierra, encamina á las almas hasta las regiones de su verdadera patria.

El respeto humano trastorna el verdadero carácter de la religión, infiriéndole así el mas funesto y el más terrible de los daños, por que hace de la misma religión de Jesucristo una religión inepta para glorificar á Dios. Compañera del hombre ha de acompañarlo desde la cuna hasta el sepulcro, abriéndole por entre los infinitos senderos del mundo, el recto que conduce á la vida eterna, bendiciendo sus caminos y ordenando siempre su conducta ajustada á sus divinos mandamientos. El respeto humano, estableciendo una barrera insuperable en su corazón, hace casi imposible su conversión á Dios, la santificación de su alma, su honrado andar por los caminos de la virtud y de la justicia. Por último, siendo desterrada de la sociedad, proscrita del hogar, ahuyentada de la vida pública y social, la religión, que ha resistido siempre el movimiento del mundo tiene que refugiarse en el santuario, para mostrar sus heridas, para atraer con sus encantos, para santificar con sus gracias á las pocas almas que vienen á buscarla, en el escondido santuario donde vive oculta con el Dios que la ha fundado.

¡Oh Religión Santa! ¡Religión augusta! ¡Religión

divina! ¡Religión de mis mayores! Religión de mi Patria! Religión natural de la humanidad! ¡Por cuantas vicisitudes has pasado en el mundo, desde que como prenda de misericordia y de amor te fundó Jesucristo sobre la tierra! Contemplando tu eterna belleza, exclamó David arrebatado de admiración: *frecuentemente me han combatido mis enemigos, desde que me hallaba en la cuna; mas no han podido conmigo* ¡Sí, Religión santa! Los siglos han pasado sin hacerte el menor daño, rozando apenas tu cabellera virginal y sin ajar siquiera, tu imperial vestidura. No naufragaste ¡no! en ese mar de sangre que brotó de las venas de tus hijos, al furor de los tiranos de los primeros siglos; ni las herejías que amenazaban destrozar tu seno purísimo te causaron el mas leve daño; antes, separadas como ramas mustias del árbol frondoso de la cruz, presentan hoy el triste espectáculo de la disolución y la anarquía; pasaste también por las temidas tempestades de la edad media entre el pontificado y el imperio; y aun cuando á veces en el fragor de la tempestad las olas te subían á los cielos, y las tenaces luchas parecían ocultar la divina barca en que tu bogabas; luego al pasar la tormenta podían verse los desgraciados náufragos bogando tranquilos á tí, y señalando con tu dedo divino el puerto de la patria. ¿Será acaso ¡oh religión santa! que te estaba reservado para estos últimos tiempos, después de haber salvado del furor de la espada, de los tiranos, de los cismas y de las herejías, el sucumbir á los golpes del respeto humano? ¿De esa pasión criminal, que tantas victimas hace hoy en el mundo cristiano? ¡Ah, mis hermanos! Vamos á contar estas heridas, á llorar sobre ellas, á dolernos de la parte que tengamos en este desprestigio de la religión, obra exclusiva de la punible debilidad que engendra en las almas el respeto humano.

Pedid á Dios los auxilios de la gracia por la intercesión de la bienaventurada Virgen María.

Es esencial á la religión, su carácter exterior lo exige y el Evangelio impone como principal obligación de la piedad cristiana, la profesión pública de la fe de N. S. J. C. Ni la gracia del Espíritu Santo, ni la sabiduría del cielo, ni la propagación del Evangelio, ni ninguno de los restauradores de las ruinas causadas por el pecado en el hombre, dejan de tener, si bien se observa, un carácter exterior y visible. Si es verdad que debemos levantar nuestro corazón á Dios y orar en su presencia en espíritu, como lo enseña el Evangelio, lo es también que han de levantarse templos que publiquen con la magnificencia de su estructura la gloria del Dios á quien se consagran; en donde se congreguen los fieles para orar en común, según la enseñanza del Salvador. Si bien es cierto que los divinos efectos de la gracia son invariables, como ella misma, que no es otra cosa que un soplo del Espíritu Santo, según lo enseña el mismo Nuestro Señor, también lo es, que el perpetuo canal de estas gracias son los sacramentos, signos visibles, exteriores, símbolos místicos de la gracia invisible que representan. Si es verdad que el fundador divino de la religión la gobierna invisiblemente desde la altura del trono en que está sentado á la diestra de su Padre, asistiéndola perpetuamente sin permitir que sea ultrajada de sus enemigos y consintiendo con ellos, solo para hacer más refulgente y brillante su victoria; también lo es, que ha constituido para su gobierno visible, una autoridad cuyo asiento se encuentra en la Cátedra de Roma y que descende como una vivificadora corriente hasta los últimos grados de la gerarquía sacerdotal. De manera que todo en esta sociedad divina es exterior y visible: el culto, los sacramentos, la autoridad, la predicación de la divina palabra, las instituciones todas, que al mismo tiempo que simbolizan los maravillosos efectos de la redención, son indispensables para difundirlas en el mundo cristiano. Pues esta ad-

mirable y sapientísima estructura de la religión es debilitada, profundamente herida por esta criminal pasión del respeto humano; en ella tienen su origen esas pretendidas máximas que el mundo propaga con tanto ardor y que tienen hoy tanto concepto: "*que para adorar a Dios no hay necesidad de asistir á los templos y de congregarse en común; que Dios está en el cielo y que todo lo sonda viendo lo profundo del corazón; que la oración que parte del alma se levanta en alas de la fe y la esperanza y es acogida misericordiosamente por Dios.*" Con estas máximas, pretende el mundo proscribir el culto externo, las ceremonias de la religión y ese magestuoso conjunto de ritos, de ceremonias, de homenaje exterior, verdaderamente instituidos por la Iglesia, conteniendo y aplicando el espíritu de N. S. J. C. y que, según la enseñanza del Santo Concilio de Trento, nadie menosprecia sin grave ultraje á la majestad de Dios. De aquí ese desdén sacrílego de las santas leyes de la Iglesia, de su sabia disciplina, de las más antiguas tradiciones del cristianismo, para ser suplantadas por las tradiciones del mundo, por los usos del mundo. En otro tiempo, podía señalar la piedad llorosa y consternada á aquellos que no participaban del banquete eucarístico, que no se acercaban á la piscina sagrada de la penitencia, que no cumplían el santo precepto de la abstinencia y del ayuno ¡Oh! ¡Con cuánta razón debe estar de duelo la religión católica! ¡Cómo llorarían los ángeles del cielo que adoran á Dios en el eterno santuario en que habita! ¡Cómo llorarían si pudieran brotar lágrimas de sus ojos, viendo este decaimiento de las costumbres cristianas, este menosprecio de los más venerables preceptos de la religión!

Si bien se observa, mis hermanos, una gran parte de estos voluntarios infractores de las santas leyes de

la Iglesia, no tienen otro móvil para su conducta que el respeto humano. ¿Qué dirán mis amigos? ¿Qué dirán mis compañeros de tertulia? ¿Qué se hablará de mí en la sociedad, si se me ve acercarme á los sacramentos, visitar á Jesucristo en el templo, cumplir las leyes de la abstinencia y del ayuno y, por ser fiel observador de la ley de Dios, chocar con las costumbres, con los usos que este mundo impone? ¿Qué dirá? No dirá sino lo que dice siempre, para eterna vergüenza é infamia suya, dice: que los fieles servidores de Jesucristo, los que cumplen su ley santa, los que no violan sus juramentos, los que no traicionan su fe, son jesuitas, son fanáticos y están engañados por los sacerdotes. ¡Verdadera esterilidad de sus censuras, que no encuentra sino nombres vanos, que nada valen y nada significan, para opacar la virtud!

Esta religión así debilitada por el espíritu del mundo, es inepta en cuanto cabe para glorificar á Dios, puesto que el respeto humano tiende á arrebatarse su carácter exterior y visible que es justamente el signo de su exteriorización en el mundo. No es menos á propósito para santificar á las almas, porque en la religión santa que profesamos crea el respeto humano una fortaleza insuperable para él. Yo se, mis hermanos, y alabáis á Dios por ello, que para su misericordia no hay resistencia invencible en el corazón humano, su gracia eternamente bondadosa, sabe triunfar en el momento oportuno, en el que ha escogido su inefable sabiduría, para vencer las más tenaces obstinaciones del corazón humano, y si no lo creyérais, aun cuando lo enseña la divina fe que profesamos, testificaríanlo multitud de ejemplos de la moral evangélica, con lenguas de alabanza y adoración. El enemigo de la Iglesia, el furioso perseguidor de Cristo, convertido en manso cordero, en pregonero del Evangelio, Agustín convertido y apartado á los impulsos de la gracia, de los vicios y de lo

pasatiempos del mundo hasta ser constituido en centinela y baluarte de la religión, en apologista del catolicismo, gran santo y eminente doctor de la Iglesia católica.

Pero si todas las pasiones humanas oponen cual más, cual menos, resistencia á las sollicitaciones divinas de la gracia, pareceme que ninguna las opone en tanto grado, en tanto número, tan invencibles, como esta pasión del respeto humano; porque, en fin, la religión influye sobre el hombre por los medios visibles con que cuenta, que son aquellos mismos de que se vale la amorosa misericordia de Dios para derramar su gracia; las otras pasiones, la ambición, la sensualidad, la envidia, la venganza no apartan al hombre de la gracia; entenebrecido su corazón por esos densos vapores que se levantan de los abismos de la conciencia, debilitada su voluntad, endurecida ya por el hábito del crimen, inquieta, turbada su conciencia, algo más diré, silenciosa ya por haberse embotado en ella el aguijón de los remordimientos, todavía si las luces divinas de la religión brillan en el fondo oscuro de esa razón entenebrecida, un rayo de su luz puede advertir al pecador el abismo á donde se precipita momento por momento. Si alguno de los suaves llamamientos de la misericordia convida á ese pecador deteniéndolo en la carrera de su corrupción, lo convida con la suavidad, con la paz, con el regalo, con la dicha que se disfruta en los tabernáculos de Sion; enjuga sus ojos que brotan lágrimas de desconsuelo y de dolor; alienta su corazón; le muestra el ángel de su esperanza que le facilite el camino apartándole las espinas y los abrojos. ¡Ah! El pecador ante esa visión celestial, puede sentirse divinamente vencido, llagado, herido; y si acaso la obstinación ha tomado asiento en su alma, la religión puede amenazarlo con sus castigos, puede aterrarlo con los fulgurantes rayos de la justicia divina, puede

decirle deteniéndolo en el camino de sus vicios: “*hay un Dios, una muerte inevitable que te ha de sorprender, á donde caminas.*” Piensa un momento, y la sorpresa misma de la amenaza y lo incierto del porvenir, realmente pueden hacerle volver sobre si mismo; una mirada acongojada y bondadosa le basta para curar los desastres causados por el pecado en su alma, abrazarse de la cruz de Jesucristo por la austeridad cristiana y ser en lo sucesivo su verdadero discipulo, ciudadano del cielo y heredero de su gloria. Pero, ¿qué hará la religión para convertir á las almas dominadas por el respeto humano? ¡Ah! Yo no sé! En vano brillarán sus luces celestiales, porque ese cristiano las conoce y las menosprecia; sabe que hay un Dios á quien debe servir y amar sobre todas las cosas, que debe fidelidad á las promesas que hizo en las fuentes regeneradoras del bautismo, está convencido de que la religión no sólo cuenta en su favor la santidad de su moral, sino también con el sufragio de la ciencia y de la verdadera civilización, siente en su corazón las esperanzas de su inmortalidad, ¿qué cosa nueva tiene, pues, que decirle la religión? ¿qué nuevas luces brillarán en el fondo de su alma? ¿Lo atraerá acaso con sus consuelos, con sus dulzuras? ¡Ah, mis hermanos! El pecador seducido por el respeto humano ha pecado contra su conciencia, contra sus atractivos, contra sus afecciones, contra las luces de su razón, contra los movimientos de su corazón, ¡Es un desgraciado que lo inmola todo ante esa divinidad frívola, en cuyos altares quema el incienso que no se atreve á quemar en los altares del cristianismo! No pueden tampoco influir en él las terribles amenazas de la religión. ¡Ah! Muchas veces han resonado en el fondo de su alma, como en otro tiempo la poderosa voz de Jehová, anunciándole su ley santa entre truenos y relámpagos; pero él se ha acostumbrado á ensordecerse.

Decidle todos los terrores de la religión, todas

las amenazas del Evangelio y ¿sabéis lo que hace, mis hermanos? Yo no invento nada de esto, lo que hago es recoger la observación y presentarla en conjunto á vuestra meditación. Como tiene fe, como ha nacido en la religión, como la ha comido como el pan cotidiano, como la ha bebido como el agua y como la ha respirado como el aire, ¿qué es lo que hace? ¡Huir de ella! Por eso el sistema de sus desgraciados partidarios es huir de los templos, de los sacramentos, de todas las ceremonias del culto; huyendo, deja de sentir el divino aguijón con que Dios punza á las almas, y entonces ya está más dispuesto para secundar al mundo en sus irrisiones, en sus burlas, en sus mofas, en sus sacrilegios.

Por último ¿quién ha ahuyentado del hogar doméstico á esta pacífica reina que dominaba en él derramando en su seno la paz, la dulzura, el consuelo, la verdadera felicidad, santificando y bendiciendo las fiestas solemnes de la familia cuando el nuevo fruto de un matrimonio santo venía á alegrarla, cuando el movimiento natural del tiempo, traía para la familia el feliz recuerdo del nacimiento del padre ó de la madre ó de los hijos, cuando algún fausto suceso venía á acrecentar el patrimonio, uniéndose así todos los corazones en un único sentimiento de adoración y de acción de gracias al Dios dador de todo bien? ¿Quién ha ahuyentado así á la religión del seno del hogar? ¡Ah! Lo reconoceréis conmigo, mis hermanos: el respeto humano. Y aquí no puedo menos que deplorar la criminal cordescendencia de los jefes de las familias, de los padres y de las madres á quienes Dios ha constituido augustos depositarios de esta institución primitiva de la humanidad, la familia, constitución sagrada en que tiene raiz y principio toda la humanidad y de donde derivan todos los bienes y todos los males que han de ser el patrimonio del porvenir. Porque ¿á

quiénes sino á ellos se debe la introducción de las costumbres paganas en pleno reinado de N. S. J. C?

Está abolida la oración en común, y la recitación de las preces antes y después del alimento cotidiano. ¿Dónde están los signos de piedad y de fe que adornaban en otro tiempo, como signo de honor y de gloria los muros, las habitaciones todas del hogar cristiano? ¿Qué se han hecho todas estas prácticas? ¿Quién las ha destruido? El respeto humano, mis hermanos. Porque se ha tenido la debilidad de abrir las puertas de los hogares cristianos á hombres maldecidos, á quienes la religión culpa de sus desgracias; porque se ha hecho de la religión, una religión solitaria, mientras que N. S. J. C. quiso hacer de ella, la religión social de la humanidad! Y si del hogar pasamos á la sociedad ¡Oh! ¡Qué ruinas, mis hermanos! ¡Qué escándalo! ¡Qué abominación! La sociedad moderna respecto de la religión parece un árido desierto. La ha expulsado una conspiración infame movida siempre por ese demonio del respeto humano; la ha arrojado audazmente de las constituciones de los pueblos, de las sociedades públicas, del gobierno, de los municipios, de la vida exterior; la han reducido á vivir triste, llorando su abandono y la perversidad de sus hijos que la han obligado á refugiarse en el fondo de sus templos y hasta allí, la persigue el mundo que quisiera aniquilarla, si esto le fuera posible. Esta conspiración general la secunda admirablemente multitud de cristianos víctimas del respeto humano. Porque ¿pudieran tanto las leyes, los gobiernos, los municipios, los parlamentos, las instituciones todas, pudieran tanto contra la religión, diré más, pudieran algo contra la religión, si los católicos no la abandonarían cobarde y miserablemente? Creo que nó, mis hermanos. Si confesaran su fe delante de los hombres como lo manda Nuestro Señor Jesucristo, si levantada la frente y altiva la mirada dijeran como los discípulos

de Jesucristo: "*Yo me llamo cristiano, me apellido católico,*" si llevaran con honor y con gloria la bandera de Nuestro Señor, si no se avergonzaran de su nombre en presencia de los hombres, si para cumplir los santos preceptos de la religión, no se ocultaran entre las tinieblas, como hacían los primeros discípulos por miedo de los judíos, si frecuentaran los templos, si recibieran los sacramentos, si salieran al frente presentando sus pechos desnudos, siempre que la religión tiene que reprender alguno de los daños de los gobiernos ó de las leyes; si todo esto se hiciera, ahora no se vería la religión santa de N. S. J. C. desierta y de duelo. Pero, porque hacen todo lo contrario, movidos por el respeto humano; porque si reciben los sacramentos lo hacen á escondidas; porque si oran buscan el más oculto rincón; guardan la piedad en el fondo de su alma y no saben publicarla arrogantes y de frente; por eso sufre la religión los certeros y envenenados tiros de la impiedad, por la complicidad del silencio, complicidad de esa política bastarda creada por el liberalismo moderno, que consiste en sacrificar siempre, los más sagrados deberes que la religión impone á las culpables tiranías de este mundo. He ahí lo que nos tiene perdidos; he ahí la raíz del malestar social; he ahí por qué en todos los corazones hay un secreto por el cual no caminamos por los senderos de la virtud.

¡Lloremos, mis hermanos, los extravíos pasados! No nos avergonzemos de una religión que goza en todo momento del elogio que hizo el Espíritu Santo de los Apóstoles diciendo que iban alegres, contentos, satisfechos á presentarse ante el senado de Jerusalén, sufriendo contumelias y burlas por el nombre de Jesucristo. Sobre todo volvamos los ojos hácia ese divino y adorable Señor, hácia ese Sol radiante del mundo, que ha fundado su religión para que sea obedecida, reverenciada, acatada, venerada y servida por los hom-

bres, por la sociedad, por los imperios. De El ha escrito el Espíritu Santo que es el Rey de los reyes y Señor de los señores, y la religión santa que ha fundado en la tierra tiene por necesidad natural de las cosas su asiento de honor en el consejo supremo del trono de los reyes, al lado del gobierno; ella es la única inspiradora permanente de la justicia, ella la que muestra siempre el sendero recto de felicidad á los hombres, á las naciones y á los pueblos.

¡Sí, Redentor adorable! Las heridas que el respeto humano impone á la religión son en verdad las más sangrientas; y á mí me parece ver á esta religión divina presentarse ante tu divino tribunal mostrándote esas heridas sangrientas y diciéndote: “*lo que no me han hecho los príncipes enemigos, lo que no me han hecho las herejías, lo que no me han hecho las revoluciones que han agitado el mundo y cambiado su faz, me lo han hecho el respeto humano, la cobardía de mis hijos.*” ¡Ah Señor! “*Porque esas llagas me las han hecho en la casa de mis propios hijos, en mi propia familia. en el seno de los míos, me han causado estas heridas semejantes á las tuyas, que fuiste el oprobio de los hombres y que ya no tenías figura de hombre.*” ¡Ah Señor! parece que para expiar estas apostasías del respeto humano, estas infidelidades, estas traiciones, estas cobardías de tales hijos, para expiarlas parece que permitiste ser signo de oprobio ante los judíos. ¡Cómo te pusieron, Señor! Asentado en un banco, cubierto con una púrpura irrisoria, ceñida tu cabeza con una corona de espinas y en la mano una caña, que representaba el cetro de tu reino; y así hecho objeto de burlas y escarnio, pasaban junto de tí y te escupían en el rostro para decirte luego con un criminal sarcasmo: “*Cristo adivina quién te hirió.*”

¡Oh dolor, mis hermanos! ¿No es esto lo que hacen los cristianos con Jesucristo? Obra pues, Señor, el gran

milagro de la conversión de estos pecadores, con aquella oración sublime de tu misericordia: *¡Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen!*

